LA TOLERANCIA, COMPROMISO DE TODOS

Por Lácides Martínez Ávila

Si cada persona pusiera en práctica la tolerancia dentro de sus relaciones con los demás, no cabe duda de que viviríamos en una sociedad armoniosa, libre de conflictos y de manifestaciones agresivas o violentas.

Actualmente, está muy en boga el concepto de la tolerancia, y se le fomenta tanto en las instituciones educativas como en lo medios de comunicación. El propósito general es que la gente aprenda a ser tolerante, como condición de la convivencia y de la misma democracia; que las personas adquieran una actitud abierta a escuchar y entender las razones que el otro tiene para pensar, sentir y actuar como lo hace, y que, por consiguiente, estén siempre dispuestas a dirimir de una manera inteligente, autocrítica y pacífica los conflictos que se susciten entre ellas.

Corrobora lo anterior el hecho de que la UNESCO haya procedido a declarar 1995 el "Año de la Tolerancia" al tiempo que, a nivel local, pudimos ver, durante la Semana Santa, que también la Iglesia hizo énfasis en el tema, convirtiéndolo en uno de los motivos principales del Monumento al Santísimo que se acostumbra exponer los Jueves Santos en las distintas parroquias. Ello, de conformidad con lo expresado en la Encíclica Papal, donde se hace apología de la vida y se pone de presente que Dios nos dio el don de la tolerancia, que casi nunca practicamos y que, para ejercerlo, es necesario que aprendamos a comprender, aceptar y amar al prójimo, mirándole sus defectos como propios de cada ser, con lo cual podrá vivir la humanidad en permanente paz y armonía.

La tolerancia es, innegablemente, uno de los valores más afectados por la crisis axiológica que desde hace tiempo vive la humanidad entera. Los diccionarios la definen como "un respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque repugnen a las propias", y se fundamenta en el principio de que nadie, por muy versado que sea, puede considerarse dueño absoluto de la verdad ni creer, en consecuencia, que siempre tiene a razón.

Desde épocas muy antiguas, grandes pensadores han promovido la práctica de este valor. Así, tenemos que Platón dijo: "*Vale más*

recibir una injusticia que cometerla", y "*nunca debemos devolver mal por mal*". De todos es sabido lo que Jesucristo predicó en este mismo sentido, pues basta recordar la simbólica alegoría de "*poner le otra mejilla*". En uno de lo cuentos de "*Las mil y una noches*" encontramos el siguiente consejo: "*Nunca contestes palabra alguna cuando te injurien. El silencio es la salvaguardia de la vida. Recuerda lo que dijo el poeta: Nunca se arrepintió nadie de haber callado, y sí muchas veces de haber hablado*". Hay también un aforismo chino que dice: "*Jamás contestes a una palabra airada con otra palabra airada: es la segunda la que provoca la lid*". En tiempos más recientes, puede citarse a Miguel de Montaigne, Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives y Bertrand Russell, entre otros filósofos apologistas de la paz y la tolerancia. Particularmente el último de los mencionados (cuyo vigésimo quinto aniversario de fallecido se cumplió a principios de febrero), abogó con manifiesto ahínco por la tolerancia, acerca de la cual expresó, palabras más, palabras menos: "*La inteligencia humana podría hacer del mundo en que vivimos, bien o mal, un lugar feliz, si acogemos los principios de una nueva educación en la que prevalezcan el respeto y la tolerancia por la opinión ajena; una educación que no divida el género humano en clases por razones políticas, de credo o de raza"*.

Debemos, pues, todos los colombianos tomar la firme decisión de ser tolerantes con los demás. Entendamos que ellos, como nosotros, son criaturas imperfectas y expuestas, por tanto, a incurrir en errores, de los que más tarde suelen arrepentirse, anhelando no haberlos cometido.

Si todos obráramos así, de seguro que la paz y la concordia volverían a posarse en nuestro suelo patrio.

Barranquilla, 1995